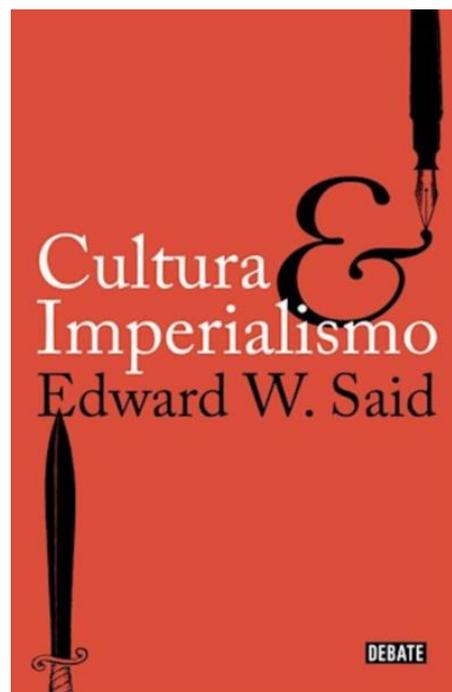


Edward W. SAID: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Debate, 2018
[1993], 574 pp., trad. de Nora Catelli, ISBN: 9788499928500

Joan Torrents Juncà
Universitat Autònoma de Barcelona, España

Una reflexión en clave literaria (e histórica) aún necesaria

Pocos libros son capaces de producir una atracción sugerente y a la vez irresistible a primera vista. No son muchos los autores que con tan solo leer su nombre en una portada sean capaces de crear unas expectativas intelectuales que sean realmente prometedoras. No obstante, cuando se trata de una obra del crítico y teórico literario Edward W. Said (1935-2003) la erudición y la lucidez están totalmente aseguradas. En ese sentido, *Cultura e imperialismo* es un trabajo que no defrauda y que cumple más que notoriamente tales perspectivas. Y poder disfrutar de ello solo ha sido posible gracias a la Editorial Debate, que más de veinte años después de la primera edición en castellano, y con ésta ya agotada o desclasificada,²⁰ nos brinda una necesaria reedición de tan colosal obra. Además, lo hace tanto en un cómodo formato de bolsillo como en otro de tapa blanda, y rescatando la traducción que hizo Nora Catelli en 1996, tres años después de la aparición de la obra original en inglés.



Tal y como sugiere el propio título, la obra en cuestión es un ensayo que, desde la historia de las ideas y el análisis literario, se adentra en las relaciones recíprocas existentes entre el proceso de dominio imperial y las producciones culturales coetáneas. Hacer frente a tal reto, poco tratado por la historiografía en el momento de la aparición del libro, no era una tarea nada fácil, y Said, por su condición y trayectoria vital, era una figura más que autorizada para llevarla a cabo. Y es que él, como palestino de fe protestante y nacionalizado estadounidense, vivió toda su vida con un pie en el mundo occidental dominante y con otro en las tierras periféricas de los dominados; de hecho, fue un incansable activista pro-palestino y llegó a ser miembro del Consejo

²⁰ Edward W. SAID: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.

Nacional Palestino. Así pues, no es casual que fruto de dichas experiencias adquiriera una perspectiva híbrida que está muy presente a lo largo y ancho de *Cultura e imperialismo*. A este bagaje vital habría que añadir la enorme reputación intelectual que se granjeó Said, quien, además de llegar a ser profesor y catedrático de literatura comparada en la Universidad de Columbia y miembro de varias instituciones académicas norteamericanas, legó una ingente obra que establecería los cimientos de los llamados estudios postcoloniales. Por nombrar solo uno de los muchos posibles ejemplos, *Orientalismo*,²¹ una disertación en torno la imagen estereotipada del islam construida por las relaciones de poder impulsadas desde Occidente, sería uno de los libros que más renombre dio a Said. De hecho, en la introducción de *Cultura e imperialismo* se presenta este libro como la continuación (y superación) de las ideas esbozadas en *Orientalismo* a partir de las argumentaciones surgidas posteriormente.

Desde aquí, y partiendo de una noción de “cultura” entendida como toda práctica pensada para el placer y “relativamente autónoma” de las esferas económicas, sociales y políticas, el autor presenta básicamente dos ideas principales. En primer lugar, afirma que desde un punto de vista cultural el imperialismo se tiene que percibir como una experiencia histórica común e interdependiente entre dominadores y dominados. En segundo lugar, Said defiende que, actualmente, en base a la reflexión surgida de esta relación entre cultura y dominio imperial, es necesario crear una nueva conciencia intelectual y política comprometida.

Para desarrollar la primera hipótesis, las tres primeras partes del libro se sumergen en el análisis literario de diversas obras seleccionadas (básicamente novelas realistas británicas), concebidas como creaciones individuales y, a la vez, expresiones de la experiencia histórica vivida. A partir del estudio de estas fuentes, Said construye un esquema general de la cultura imperial, pero también de la experiencia histórica de las resistencias frente al imperialismo.

Pero, antes que nada, en la primera parte de la obra, “Territorios superpuestos, historias entrecruzadas”, y en el primer capítulo de la segunda parte, “Narrativa y espacio social”, Said cree conveniente hacer algunas consideraciones de tipo teórico y metodológico. No en vano, estas aclaraciones resultan esenciales para entender todo el hilo discursivo del libro. De ahí que el autor, después de diferenciar entre imperialismo y colonialismo, entendidos como práctica el primero y como consecuencia de éste el segundo, asevere que tales fenómenos necesitaron formaciones ideológicas para justificar y mostrar como necesario el dominio imperial. Para conseguir tal “compromiso imperial” se desplegaron varios mecanismos culturales que Said rastrea con una metodología propia, basada en la “lectura contrapuntística” de distintas producciones cul-

²¹ De la misma editorial que la obra reseñada, Edward W. SAID: *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2013 [1978].

turales; es decir, leer y analizar teniendo presente que el autor, más allá de lo meramente artístico, vierte y excluye, simultáneamente, registros del proceso imperialista y de sus resistencias. De esta forma, Said puede detectar las “estructuras de actitud y referencia” que alimentaron el relato justificador o condenatorio del imperialismo, siempre teniendo en cuenta que se tejieron en un escenario transnacional de historias entrecruzadas y superpuestas entre metrópoli y periferia. Solo con esta metodología Said puede encontrar de forma amena y extremadamente lúcida elementos que habían pasado desapercibidos para la crítica literaria tradicional.

Así, *El corazón de las tinieblas* (1899-1902) de Joseph Conrad se convierte en algo más que un clásico literario; deviene una obra con una doble visión, que dibuja los horrores y caducidad del sistema imperialista, pero a la vez lo retrata como una fuerza mayor civilizatoria y necesaria. Por otro lado, *Mansfield Park* (1814) de Jane Austen, aun siendo anterior a la “era del imperio” propuesta por Eric Hobsbawm (y que Said adopta como referencia), se alza como un relato adulador de los valores “positivos” de Occidente (o en este caso de Gran Bretaña) y, paralelamente, tendente a negar el valor de los mundos periféricos y extraños, que se convierten en “el allí fuera” donde poder extraer beneficios a conveniencia.

Para Said, estos constructos solo serían el preludeo de un proceso de parasitación de los supuestos racistas, pretendidamente científicos, en las producciones culturales e ideológicas, cosa que daría la integridad cultural necesaria para los imperios. Esta afirmación es brillantemente ejemplificada en el análisis de *Aida*, de Giuseppe Verdi. Según Said, en base a la incipiente egiptología promovida por las expediciones napoleónicas encabezadas por Champollion y Mariette, el compositor italiano construyó una ópera ubicada en un Egipto descontextualizado por prejuicios orientalistas y que, al fin y al cabo, se convertía en un territorio exótico destinado a ser tutelado por el poder europeo. De hecho, hablamos de un proceso que, efectivamente, entraría en su momento álgido durante el gobierno de Ismail Pachá, entre 1863 y 1879, coincidiendo con el estreno de la ópera en 1871.

Pero el imperialismo no solo tenía que construir una imagen de los lugares y sujetos a dominar, sino que también tenía la necesidad de mostrarse como una experiencia placentera y reconfortante. En este sentido, Said disecciona la novela *Kim* (1901), de Rudyard Kipling, en la cual se narra el periplo por la India de Kimball O’Hara, un huérfano de raíces irlandesas y agente al servicio de Gran Bretaña en el contexto de “El Gran Juego”. Kipling, que escribió tal obra en un momento de quebrantamiento de las relaciones coloniales indobritánicas, no solo se muestra convencido de que el dominio británico del Indostán y de sus habitantes “inferiores” no tenía alternativa posible, sino que además equipara la plenitud anímica que siente el protagonista tras su viaje por el subcontinente indio con el placer y los frutos del dominio imperial. Por otro lado, Said resalta que estas construcciones no solo fueron exclusivas de los britá-

nicos. Para ilustrar esto el autor muestra cómo algunos cuentos y narraciones de Albert Camus, además de ser pilares fundamentales del existencialismo fueron también reclamos coloniales de la geografía argelina, ofreciendo la posibilidad de una identificación plena entre el francés y su territorio de ultramar.

Hechas estas disertaciones, en la tercera parte, bautizada como “Resistencia y oposición”, Said se adentra en el análisis contrapuntístico de las resistencias culturales contrarias al imperialismo, no sin antes hacer un pequeño inciso analizando el modernismo literario, la primera corriente que puso en duda el relato triunfalista del imperio. Para el autor, tales fenómenos de resistencia cultural, que precedieron las descolonizaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, fueron especialmente relevantes porque establecieron un marco continuo y sistemático de enfrentamiento, además de estar basados en constructos ideológicos occidentales. Gracias a esto, autores como E. M. Forster o André Malraux observaron que, al fin y al cabo, el imperialismo siempre había tenido dos sujetos activos, y uno de ellos se estaba levantando.

A continuación, Said muestra cómo a través de autores de tierras coloniales, por ejemplo James Ngugi, Tayeb Salih o sobre todo William B. Yeats, surgieron literaturas que empezaron a redescubrir aquello que el imperialismo había borrado, además de motivar una actitud cultural híbrida y antiimperialista en la metrópoli que cambió las “estructuras de actitud y referencia” del imperialismo. En todo su discurso acerca de estas resistencias culturales al imperialismo, Said alerta que buena parte de ellas fueron motivadas por un nacionalismo nativista que no hizo nada más que perpetuar la diferencia entre dominados y dominadores, pero de forma inversa al modo imperialista. Ante esta situación, que habría llevado el establecimiento de gobiernos autocráticos y oligárquicos en los nuevos países postcoloniales, Said hace suyas las tesis de Frantz Fanon para reivindicar un verdadero “humanismo”, una liberación cultural y una política alternativa al imperialismo.

Finalmente, en la cuarta y última parte de la obra, titulada “El desmantelamiento de la dominación en el futuro”, Said aborda su segunda idea principal: la necesidad de una nueva conciencia intelectual y política comprometida. Con ese fin, el autor empieza afirmando que, aun habiéndose producido la descolonización y el desmantelamiento de los viejos imperios, el imperialismo habría logrado pervivir a través de sus prácticas y relaciones. Así, aparte de destacar las diferencias de desarrollo entre países, Said se centra básicamente en el dominio norteamericano y sus intereses geopolíticos durante los años 90, teniendo como referencia la polémica Guerra del Golfo (1990-1991). De este modo, el autor sentencia que, al igual que los imperios de antaño, Estados Unidos utilizaría constructos culturales para presentarse a sí mismo como el garante de Occidente ante seres o sistemas “inferiores” y “necesitados” de ser intervenidos. Según el autor, la relación entre poder y legitimidad que posibilitaría tal lógica

se conseguiría gracias al dominio norteamericano de los medios de difusión y, por tanto, de la esfera cultural.

Ante este panorama, Said se muestra partidario de una “nueva contraarticulación internacionalista”, una nueva política intelectual y cultural que lejos de identitarismos y totalizaciones sistemáticas apueste por experiencias híbridas y entrecruzadas basadas en la coexistencia humana colectiva y no en la dominación. En pocas palabras, que la hibridez cultural y la superación de jerarquías se conviertan en un arma crítica con las autoridades culturales. Con esta última propuesta, Said pone punto final a un libro que, sin parecerlo por su título, es una reflexión sobre el pasado que se proyecta sobre el presente. En este sentido, a través de esta obra el autor se perfila como un perfecto ejemplo del intelectual comprometido; del pensador que ante una situación que cree injusta o problemática (en el caso de Said, el despliegue de la hegemonía estadounidense y de sus intereses en el mundo de la naciente postguerra fría) responde con un análisis del pasado que facilite una mejor comprensión del presente al tiempo que aporta soluciones (sean éstas correctas o no). Además, Said lleva a cabo este espectacular ejercicio intelectual con un amplio dominio de la teoría literaria y de diversas obras historiográficas, filosóficas y geográficas que afianzan sus argumentos (¡bienvenida sea, por lo tanto, la tan necesaria y pregonada interdisciplinariedad!). Por si esto fuera poco, Said consigue presentar todos estos trabajos de forma paulatina y con un aparato crítico equilibrado y nada saturado.

Algunos podrían atreverse a calificar *Cultura e imperialismo* como una simple búsqueda de referencias imperialistas en algunas obras literarias con el fin de confeccionar un mero panfleto político. No obstante, dejando aparte el evidente sesgo ideológico inherente a la parte final de su obra, hay que reconocer que el autor intenta complejizar en todo momento sus análisis literarios e ir más allá de una simple localización de menciones al imperio, lo cual no es óbice para afirmar que alguien no familiarizado con los estudios literarios puede sentirse perdido en medio de algún párrafo. Además, Said hace este esfuerzo evitando caer tanto en aquellas posiciones justificadoras o exculpatorias del imperialismo como en aquellas que se limitan a criminalizarlo. La historiografía española, que en su mayor parte se ha adaptado a los llamamientos de Said para hacer análisis culturales híbridos y transnacionales, aún puede aprender mucho de esta visión complejizada del imperialismo que se nos presenta en *Cultura e imperialismo*. Y lo puede hacer justamente para reflexionar en torno al dominio colonial e imperial y sus reminiscencias, mayormente ante la proliferación de las tesis *imperiófilas* y los intentos por hacer de ellas un relato oficial de estado.²²

²² Nos referimos al fenómeno surgido en torno a María Elvira ROCA BAREA: *Imperiofobia y leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Madrid, Siruela, 2016 (que a la fecha de entrega de esta reseña había llegado ya a su 24ª edición). En cuanto a la expresión *imperiófila* se ha adoptado de una de las

Dicho todo esto, son pocos los puntos flacos en *Cultura e imperialismo*. Probablemente, su principal debilidad es un exagerado anglocentrismo que Said justifica por su propio bagaje vital y por la centralidad cultural y coherencia única del imperio inglés. Ahora bien, no habría estado mal algún apartado dedicado a otros de los grandes imperios occidentales, tal y como hace Said de forma mínima con el imperio francés. De la misma forma, también es bastante cuestionable la exagerada fijación del autor con la novela realista, dejando marginadas muchas otras producciones culturales (a excepción de la ópera) que también podrían aportar luz en el análisis de las formas de dominio imperialista. Finalmente, algunas aclaraciones teóricas e históricas serían más que necesarias, pues en ocasiones puede parecer que las décadas de dominio imperialista fueron un *continuum* homogéneo.

En conclusión, *Cultura e imperialismo* es algo más que una disección literaria de la cultura y sus relaciones con el imperialismo. La obra de Said es, también, una reflexión histórica en torno a los sistemas de dominación y, además, una muestra de primera categoría de la incerteza e inquietudes que produjo el fin de la Guerra Fría o lo que parecía ser el inicio del “fin de la historia” y del “Nuevo Orden Mundial”. En definitiva, *Cultura e imperialismo* es un necesario ejercicio de introspección sobre nuestra condición como occidentales y, sobre todo, como historiadores comprometidos.

obras que ha cuestionado a Roca Barea, José Luis VILLACAÑAS BERLANGA: *Imperiofilia y el populismo nacional-católico: otra historia del imperio español*, Madrid, Lengua de Trapo, 2019.